

LITERATURA

JUAN FRANCISCO FERRÉ: «Como escritor y lector, me preocupa la falta de carnalidad de la literatura española»

El escritor malagueño despliega en su último libro, 'Metamorfosis ®', un conjunto de relatos atravesados por una visión nietzscheana de la vida, filtrada por el humor, la sátira y la caricatura

Mario Virgilio Montañez/

CRÍTICO con el mundo que le rodea, Juan Francisco Ferré reúne en 'Metamorfosis ®' relatos en los que la carnalidad, el desvarío de la sociedad nacida del capitalismo salvaje y la atracción maléfica de los medios de comunicación de masas se mezclan con personajes que son caricaturas irónicas llevadas al extremo.

1. Un lector apresurado seguramente no caerá en la cuenta del símbolo de marca registrada que lleva el título del libro. ¿Qué has querido señalar con él?

Es un símbolo irónico que no debería pasar desapercibido. Ten en cuenta, según se declara en la contraportada, que las metamorfosis incorporadas en el libro proceden de Ovidio y de Kafka, que es como abarcar el canon completo de la literatura occidental, así que era un modo de añadir, modestamente, mi contribución creativa a esa tradición reconociendo que lo hago desde los parámetros del capitalismo en los que la literatura tal y como se había entendido históricamente intenta sobrevivir aceptando su condición de mercancía anómala. Por tanto, desde el título, mis “metamorfosis” se leen como las mutaciones del cuerpo y la mente experimentadas en la era del mercado y el comercialismo a ultranza. Así, por excéntrico que pretenda ser el libro, el código de barras que lleva inscrito en la contraportada lo devuelve a la normalidad del consumo. Así también el lector puede recordar que, aunque a veces los relatos parezcan provenir de Tlön, ese territorio imaginario concebido por Borges, el libro lo ha comprado en una librería o en unos grandes almacenes. Es una ironía hacia la racionalidad extrema que es la marca de fábrica del capitalismo.

2. ¿Qué elementos comunes crees que pueden unir los diversos relatos del volumen, tal vez la complejidad y ambigüedad de la vida moderna?

Esa complejidad y ambigüedad me parecen intrínsecas a cualquier período de la historia humana. Si fuéramos capaces de imaginar cómo se sentían los ciudadanos romanos del año sexto de nuestra era veríamos que habría muchos puntos en común. En todo caso, lo que más me interesa de nuestra época, y es algo que muchos de estos relatos reflejan de un modo u otro, especialmente “La Edad Media”, pero que exploré más abiertamente en mi novela “La fiesta del asno”, es que parece situarse en un momento crucial en que la vida humana ha agotado sus posibilidades y, sin embargo, no está muy claro qué va a sustituir a los humanos, si máquinas o híbridos cibernéticos, en el control del planeta. Esta perspectiva en cierto modo nietzscheana recorre todos los relatos, confiriéndoles

un tratamiento terminal, esto es, exhibiendo una conciencia de los límites y del final anunciado. A veces bromeo calificándolos de “apocalípticos”, pues espero que el sentido del humor y la parodia o el uso grotesco de la caricatura impidan que estos relatos puedan tomarse demasiado en serio.

3. Hay una presencia, a veces obsesiva, del cuerpo y la fisiología en las narraciones. ¿Por qué?

Inevitablemente, diría yo. Como escritor, pero también como lector, me preocupa la falta de carnalidad de la literatura española, o su explotación sentimental de los clisés eróticos más desgastados. Es una deficiencia que todavía no sé muy bien a qué achacar. Si comparáramos nuestra narrativa con otras coetáneas como la francesa, la italiana, la británica o la norteamericana, nos sorprendería su condición algo reprimida o remilgada. No me canso de decir que, además de Cervantes y Rabelais, otro de mis grandes maestros es Sade, el escandaloso Sade. De modo que la asociación de pornografía y filosofía que representan sus mejores novelas responde perfectamente a lo que creo que es lo esencial del arte y la literatura: la fusión de lo sensual y lo conceptual en un solo cuerpo estético. Somos cuerpo y nuestra experiencia pasa necesariamente por ahí. Estoy de acuerdo con Philippe Sollers cuando dice que “una novela sin lujuria es ilegible. La lujuria es la novela”. También la interacción entre la mente y el cuerpo, a la que he dedicado el relato “Dionisio decapitado”, me parece decisiva en cualquier definición de lo humano que nos propongamos. Así que me reconozco un escritor plenamente carnal, es cierto, pero que prefiere la observación literaria de la carne a través de los rayos X de las palabras, como en el relato “Esfinge y humo”. Sé que hay un componente de estupidez en la carne, por su pasividad e inercia, pero he de reconocer que me fascina, como a Bataille, su obtuso poder de atracción. Uno de los epígrafes del libro celebra esta ambivalencia de la carne. Cabrera Infante, otro maestro, pensaba que el pornógrafo es un artista superior. Qué mejor libro imaginar que “La Habana para un infante difunto”, todo hecho de juegos verbales y actos eróticos y felicidad literaria...

4. Tus personajes raramente entran dentro de la psicología común. ¿Estamos ante una visión muy personal de una nueva “Parada de los monstruos” como en la película de Tod Browning?

Desde Foucault sabemos que la normalidad es una camisa de fuerza que aprisiona nuestras tendencias más íntimas y persistentes. Mis relatos, tanto como mis novelas, apuestan por una definición inclusiva de lo humano. Me encanta la película de Browning, recordarás que en el relato “La escuela escuálida”, como homenaje a los “Freaks”, otorgo a un hombre-tronco todo el protagonismo, pero para mí hoy todos nosotros, como consecuencia de los desarrollos de la sociedad capitalista, formamos parte inevitable de esa parada de monstruos o mutantes. En todos mis relatos, la normalidad, que es la ideología del poder, aparece ridiculizada en la medida en que es opresora de conductas y suele hacer insostenible la vida de mucha gente. La literatura y el arte siempre han tenido esta función catártica de lo inaceptable. Uno de los textos más bellos de Foucault está dedicado a lo que denomina la “vida de los hombres infames”. Comparto con él esta visión de que el objeto de la literatura consiste en “decir lo más

prohibido y lo más escandaloso, lo más indecible, lo peor, lo más secreto, lo más intolerable, lo desvergonzado”.

5. Yo me atrevería a decir que tu forma de narrar es la de un voyeur. ¿Qué opinas?

Un escritor no puede ser sólo un voyeur. Tiene la obligación de traducir en palabras las imágenes que le fascinan u obsesionan. En ese momento el voyeur se transforma en “voyant”, en vidente, con o sin vídeo, como en “Videodrome”. En “La escuela escuálida”, como recordarás, el hombre-tronco declara en televisión: “Soy todo lengua. Lengua y ojos, pero sobre todo lengua”. Estas palabras me definen, ventrílocuo de mi personaje, al declarar mi adicción de espectador a la droga de las imágenes (cine, televisión, Internet, arte...) y mi vocación de escritor, en cierto modo anticuada, de pasar todo lo que entra por mis ojos a través de la lengua. Espero con esto no sonar demasiado obsceno...

6. ¿Podríamos decir que tu sello distintivo, aparte de la incorrección ética y estética, está en que narras describiendo la acción?

Es un detalle técnico interesante. En general, no me gustan las descripciones, sobre todo el modelo decimonónico, excepto las de obras artísticas, reales o imaginarias (a las que dediqué mi libro “I love you Sade”). Debe ser la influencia del cine y la televisión en mi sensibilidad, en todo momento tienes ahí la descripción y la acción en el mismo plano, no hay diferencias significativas. El acontecimiento completo, por así decir. La filosofía analítica también me ha enseñado mucho acerca de esto, el mundo como proceso y los límites del lenguaje, el empirismo, etc. Y Borges, por supuesto, y el “Aleph”, donde declara que la linealidad lingüística es uno de los obstáculos principales en la descripción de los procesos del mundo por su simultaneidad incompatible. No sé si este relato de Borges, inspirado en parte en Wells, hubiera sido conceptualmente posible antes de la invención del cine y las primeras experiencias con la televisión. De todos modos tienes razón, la impureza neobarroca es uno de mis rasgos estéticos dominantes...

7. El libro, en el título de sus partes, tiene referencias a Borges (Artificios, Ficciones). Sin embargo, no hay aparentemente una influencia del autor argentino en los relatos. ¿Tal vez te sientes más cerca de la narrativa de Chuck Palahniuk y del cine, enfermizo y radical, de Cronenberg?

Como hombre no tengo ningún problema en descender del “mono”. Como escritor, sin embargo, desciendo de Borges. Le dije esto a María Kodama el otoño pasado en París y me lo agradeció con una sonrisa tan luminosa que, instantáneamente, supe que Borges había sido feliz con ella. Y eso me bastó. Hay relatos míos que no existirían sin Borges, desde luego: “Cuádruple impostura” o “Dionisio decapitado”. Quizá sea un borgiano atípico, pues no me interesan demasiado como escritor los motivos prototípicos de Borges, pero sí, en cambio, la profunda reflexión sobre el papel de la ficción y los mecanismos de la ficción en la mente y la vida humanas. La idea del relato como construcción retórica, como ficción del lenguaje. En esto soy radicalmente borgiano, aunque mis “laberintos” sean televisivos, cotidianos o sexuales y mis “minotauros” conspiraciones políticas, tiburones psicopatológicos o bailarinas

de strip-tease; el eterno retorno o el círculo vicioso, por su parte, también los reclamo como categorías cronológicas esenciales a muchas de mis narraciones, así como los juegos apócrifos con la textualidad que siempre me han seducido en Borges. Como sucede en “Moda de Londres”, que al principio parece un remake literario de “Mulholland Drive”, de David Lynch, otro de mis directores fetiche, readaptado al mundo de la moda y las modelos londinenses, pero si te fijas es, antes que nada, un juego textual con un supuesto libro original escrito por alguien perteneciente a ese mundo exclusivo y algo neurótico. Así que la estética literaria que cristaliza en Borges y procede de Poe halla en mí un continuador modesto y paradójico. En cuanto a Cronenberg: no cabe duda de que sus películas están presentes en mis relatos y novelas, desde sus primeras experiencias hasta las últimas, con esa adaptación del “Crash” de Ballard que es para mí un influyente paradigma narrativo. Pero también Peter Greenaway, a quien dedico junto con Cronenberg el relato “Metamorfosis”, donde el cuerpo andrógino y el accidente automovilístico generan una trama algo perturbadora. Te confesaré que la visión del “Z.O.O.” de Greenaway siendo todavía muy joven modificó totalmente mi comprensión de la estética narrativa en cualquier formato...

8. Si tuviéramos que elegir solamente uno de los relatos de este libro como representación tuya, ¿con cuál te quedarías y por qué?

Como no soy monista prefiero elegir dos. “Homenaje a Blancanieves”, un experimento satírico que logra combinar el periodismo político (el caso GAL) y los cuentos de hadas (las diversas versiones de Blancanieves), porque supuso para mí un cambio de rumbo estético y el descubrimiento de nuevas posibilidades expresivas en un momento en que creía que la literatura, en el sentido fuerte de la palabra, estaba agotada. Y “La escuela escuálida”, donde he reescrito el “Tiburón” de Spielberg a la manera de “Un perro andaluz” de Buñuel, teniendo como protagonista a un hombre-tronco que en la última escena del relato, durante un programa televisivo dedicado a su “caso”, se sumerge en una piscina con un tiburón a fin de revivir la experiencia traumática que supuestamente lo convirtió en lo que es. Éste último relato te diría que es casi un compendio de las técnicas y motivos del libro: la espectacularización de la vida y nuestra metamorfosis en monstruosos actores de un reality-show cotidiano...

9. Usando los títulos de dos libros fundamentales de la cultura judía, ¿es *Metamorfosis*® una *Guía de perplejos* o una *Guía de descarriados*?

Maimónides parecía tener graves problemas con el concepto de cuerpo con lo que seguro que se escandalizaría enormemente con la flagrante carnalidad de mis ideas y planteamientos narrativos, como casi todos los puritanos, de un partido u otro. Pero todos los perplejos encontrarán en este libro motivos para descarriarse aún más y, por supuesto, los descarriados hallarán motivos de perplejidad y justificación. Creo que la literatura no tiene ninguna misión moral que cumplir, pero en todo caso no creo que la literatura de nuestro tiempo deba ser simple, ingenua o infantil como mandan las demandas del mercado. Así que reivindicó la perplejidad, la confusión y el extravío gozoso como experiencias de lectura, y no sólo de lectura, y como remedio inteligente contra la fanatización y el fundamentalismo que nos amenazan desde ambos bandos...